

Olga Dragnic de Álvarez

—defendió a ultranza la ética de la verdad en el periodismo y en la vida—

Un regaño, afectuoso pero contundente, obtendríamos de la profe Olga si nos atrevemos a escribir usando la primera persona del singular y caemos en el grave desliz de utilizar adjetivos calificativos hacia el personaje sobre el que nos toca realizar una semblanza. Ejercer el periodismo de rigor, que ella siempre exigió, resulta difícil cuando se trata de pincelar a la profesora Olga Dragnic de Álvarez, con la que compartimos 47 años de aprendizaje de vida.

Era el año 1968, época de revolución juvenil mundial, mayo francés, y de renovación académica en la Universidad Central de Venezuela. Proceso de efervescencia estudiantil, cuando ser de izquierda estaba tan de moda como el pelo largo de los chicos y las súper coloridas minifaldas de las muchachas.

Fue ese año cuando Olga Dragnic de Álvarez se incorporó al profesorado de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, que entonces era la combativa Escuela de Periodismo de la UCV. Era un reducto de profesores comunistas, que cargaban con un historial de exilio, cárcel y guerrilla, primero enfrentando a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y luego, casi todos, perseguidos durante la democracia incipiente de los años 60. Aun así, pregonaban con gran celo la diferencia entre el periodismo informativo y el de opinión.

La nueva profesora era tan sobria que resultaba llamativa. Catira, con el cabello largo recogido hacia atrás con una baja cola de cabello, sin maquillaje, y conservando un leve deje de su lengua materna eslava. En los salones de clase se ganaba al alumnado con sus disertaciones en las que con su hablar suave marcaba la firmeza de sus convicciones.

Falleció la profesora que imprimió su huella en los cientos de periodistas que formó durante décadas en la Universidad Central de Venezuela. Nunca traicionó sus convicciones políticas, marcadas por su sensibilidad social. En el momento de despedirla es necesario resaltar su legado humano de amistad, solidaridad y franqueza

■ MARTA AGUIRRE S.

Con su esposo, el profesor Federico Álvarez, formaban una dupla inseparable. Y el cubículo que compartían con el profesor Jesús Sanoja Hernández era el refugio de los estudiantes que acudíamos a recibir su afecto y comprensión y a escuchar cientos de anécdotas del pasado reciente del país en el que despertábamos, apenas salidos de la adolescencia.

El pasado día 27 quedaron las pruebas en las redes sociales de que los profesores Olga y Federico lograron algo inaudito hoy. Sus ex alumnos, aunque transitemos en caminos políticos distintos, concordamos en los juicios de los recuerdos. Elizabeth Araujo: “Maestros de maestros”. Ramón Hernández: “Gente buena y noble”. Héctor Landaeta: “Dos personajes especiales, en lo académico y en lo humano”. Alejandro Kirk: “Generaciones de egresados de la Universidad Central de Venezuela apren-



dimos de y con ellos una conjunción imborrable de técnica, rigor y ética”.

Ese día 27 falleció Olga Dragnic, desde 1997 viuda de Federico Álvarez. Ya jubilada, hasta hace un año su casa todavía estaba abierta para sus ex alumnos en busca de consejo, bibliografía, o pasar un rato consultando sus sabias reflexiones. Fiel al proceso chavista, como su conciencia comunista se lo pedía, no perdía oportunidad de señalar los errores del periodismo que vivimos. Juzgaba a la oposición por perder el equilibrio que requiere la información diaria y cuestionaba las restricciones gubernamentales a la libertad de prensa. A veces se quejaba: “Nadie me escucha”.

Tenía una auténtica deformación profesional y política. Siempre preguntaba al interlocutor, aun cuando ella tuviera anticipada su posición. Primero escuchaba, luego desarmaba. Las desavenencias quedaban cerradas con un ¿qué te parece tomar un café y fumarnos un cigarrillo? No concebía el dialogo apartado del apego amistoso, la generosidad, la franqueza.

Junto a la también incondicional de los Álvarez, María Elena Matheus, tuvimos la oportunidad de compartir con ellos,

por los años 80, en la antigua Yugoslavia. Recorrimos juntos Split, ciudad puerto de la costa dálmata donde la profe Olga nació. Y entre baños helados en el mar Adriático y recorridos por la colina de Marjan pudimos conocer de su voz sus vivencias infantiles y juveniles, los efectos devastadores de las dos guerras mundiales, el exilio a Chile. Allí, estudiando periodismo, conoció al joven venezolano Federico, que por comunista, tuvo que salir de Venezuela y se encontraba en el país austral becado por el diario *El Nacional*. Sus planes de vida cambiaron y en vez de regresar a Yugoslavia como partidaria que era de Josip “Tito” Broz, fue en Venezuela donde se asentó. Nació su hijo Maximir, y sufrió las inolvidables vicisitudes por la persecución y encarcelamiento que sufrió Federico Álvarez, como aguerrido periodista de *Tribuna Popular*.

Ella, como profesional, encontró refugio en la Cadena Capriles, donde como buena entrevistadora, pudo palpar el país y sus múltiples personajes. Allí conoció a Jose Ratto-Ciarlo, pionero del periodismo cultural en Venezuela, rama a la que ella dedicó sus últimos años como docente activa. Creó la primera Especialización en Periodismo Cultural en la UCV, y su ex alumna Maritza Jiménez dice hoy: “Estoy segura de que fue una gran contribución al *boom* que vivió el periodismo cultural en nuestro país en esa década”. Muy a pesar de la profe Olga el periodismo cultural venezolano se transformó en una frivolidad más de las secciones de Tendencias.

Fue integrante y impulsora de cientos de proyectos desde el Colegio Nacional de Periodistas y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, conferencista invitada en toda Latinoamérica, investigadora y miembro fundador del Observatorio de Medios en Venezuela. Sin embargo, la obra publicada de Olga Dragnic es escasa porque nunca supo entenderse con los editores. *La entrevista de personalidad* es ya un libro fetiche y *El diccionario de Comunicación Social*, es consulta obligada para los actuales estudiantes de Comunicación Social. Le pedían la tercera reedición, pero ella estaba más interesada en difundir el legado de su esposo o emprender nuevas investigaciones a la luz del nuevo panorama comunicacional. Pero...

La atajaron sus ochenta y dos años y en el año 2015 la profe Olga nos dejó, discreta y modesta como fue su vida.

MARTA AGUIRRE S.

Licenciada en Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela.

Olga Dragnic: ser especial en el trato a unos, ejemplo de vida a otros

Si Olga fue comunista, lo sabían solo los comunistas de verdad; quien esto escribe, que tuvo predilección por el Partido Comunista venezolano, nunca lo supo. El hecho de ser la compañera del maestro Federico Álvarez, comunista hasta los tuétanos, no significa que ella también lo fuera. Ahora que partió es cuando me entero que fue militante convicta y confesa de esa organización de izquierda. Tampoco me enteré de que, como ahora se afirma, era la *primera dama del periodismo*. Tal vez sí lo fuera pues, al igual que su marido, su forma de ser era pasar inadvertida. ¡Dama sí, pero no aristócrata!

Hay quienes afirman que sus posturas académicas de cualquier tema de periodismo, sobre todo referido a la cultura que era su especialidad, las sostenía con argumentos firmes pero democráticos, sin aspavientos ni estridencias. Quizás rechazaba las actitudes pedantes que, como apunta Savater, casi no le abren los ojos a nadie, pero se los saltan a unos cuantos.

Sin embargo, no me pronunciaré sobre el particular. No fui alumno suyo. La única experiencia académica que compartimos se resume así: comenzando la carrera de Periodismo, una tarde que estaba en su cubículo N° 1, en el primer piso de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, me acerqué y le dije que un colega suyo me había recriminado porque mi discurso en las prácticas de Periodismo Informativo I no era claro, sencillo, directo y ameno, como para atrapar al lector. Que era preferible que me dedicara a otra cosa. Entonces, con un lenguaje sosegado y persuasivo me tranquilizó: “No te preocupes, tú no te estás formando para ser escritor, sino para ser periodista; esos pequeños secretos o intrínquilos técnicos de la carrera ya los aprenderás poco a poco, de manera gradual. Ten paciencia y perseverancia y verás que los buenos resultados afloran”; ¡Y así fue! ¡Le estoy agradecido por alentarme!

Mariela Torrealba, colega y entrañable amiga suya, a quien –según la misma Torrealba– Olga le hizo repetir 17 veces el planteamiento del problema de la tesis de grado, me comentó que la profesora Olga sostenía que si un estudiante faltaba a clase no pasaba nada; pero que si un profesor incurría en ello era grave porque privaba del conocimiento a todo un colectivo. El grupo fungía de jefe y el profesor de subalterno. ¡Así era ella!

En su interactuar cotidiano con unos y otros en los pasillos y aulas de la Escuela, y en el resto de los espacios del campus universitario, jamás negó el saludo cordial y sonriente a nadie, lo que le granjeó el cariño, respeto y hasta admiración de obreros, empleados, profesores, estudiantes y amigos. Su trato a los semejantes, en una palabra, siempre fue

sobrio pero sincero. Nunca estableció diferencias entre el bedel y el más encumbrado de los profesores. La desconozco como la *primera dama del periodismo*, pero su don de gente fue inigualable. La capacidad y responsabilidad como docente, incuestionables. ¡Así fue ella!

El ser humano acusa lunares, Olga, seguramente, tuvo los suyos. Un notable profesor, amigo suyo y mío, me dijo: “Uno no entiende como colegas serios, de reconocida trayectoria académica y rectitud ética profesional, con los que tú y yo convivimos en la Escuela, compartan hoy la visión de un gobierno cuyas erradas políticas económicas y sociales ya fracasaron en el mundo”. Ambos coincidimos en las razones por las que esos profesores eran fieles al régimen. No las voy a expresar aquí. Eso sí, Olga, honesta y fiel a sus principios, no creo comulgara con la revolución bolivariana por algún provecho personal, sino porque, equivocada o no, creía firmemente en las bondades del régimen. Es más: probablemente, ella también anatemizara a quienes comulgan con los que están del otro lado, es decir, con la oposición. ¡Así era ella! ¡A los amigos hay que quererlos y respetarlos tal cual son!

Tutora, madre, esposa, profesora y, sobre todo, ejemplo de vida a las nuevas generaciones. Nació en Yugoslavia, pero se hizo venezolana por amor y convicción. En Chile, en 1960, se recibió de periodista; allí Federico, compañero de clase, la flechó truncándole así su regreso a su país de origen. Su amor por *Fede*, así solía llamarle ella, y su pasión por el periodismo, la trajeron a vivir definitivamente en Venezuela, donde compartió con idoneidad el conocimiento y experiencia acumulados a lo largo del fructífero quehacer académico y de investigación en la UCV, así como la forma de pensar y ver la vida, a quienes tuvieron la suerte de ser sus alumnos.

Ya no está físicamente acá, pero su prolijo y abundante legado periodístico, en el que se destacan *La entrevista de personalidad* y el *Diccionario de Comunicación Social*, obra esta con la que, una vez publicada, no se sintió a gusto porque acusaba errores de impresión, harán que la profesora Olga Dragnic de Álvarez sea recordada siempre por aquí como el ser especial que se granjeó el respeto y admiración de los unos, y el respeto y reconocimiento de los otros por la trayectoria docente y de investigación, que serán estímulo y base para formar a las nuevas generaciones de periodistas.

VÍCTOR M. QUINTANA

Licenciado en Comunicación Social de la UCV.